

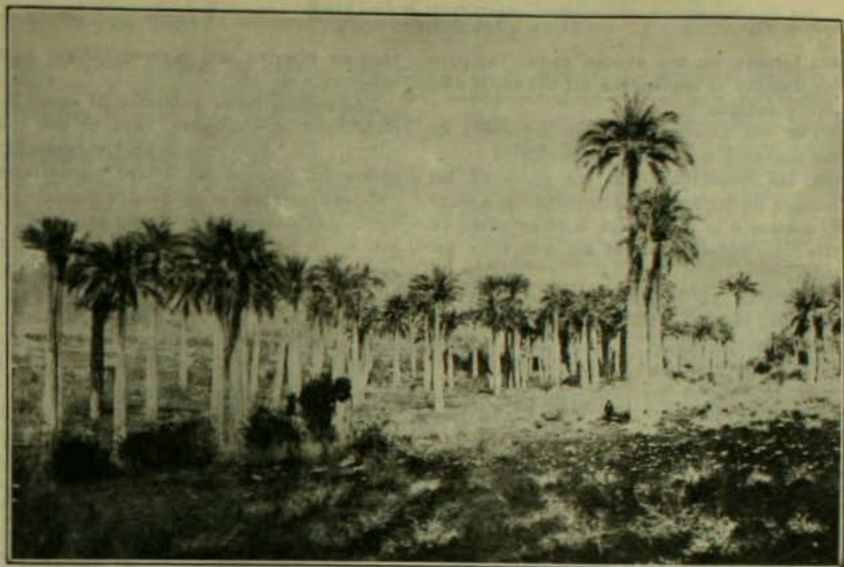
Sept.
1914

PACIFICO

— MAGAZINE —

Precio
UN PES





Un bosque de palmeras en la provincia de Curicó

Una ojeada sobre los bosques del centro de Chile

Por _____
ALBERTO EDWARDS

Ilustraciones Fotográficas

Majestuosa, imponente es nuestra seiva austral. No cede en exuberancia a los bosques ecuatoriales pero está construída en proporciones más amplias y armoniosas. El follaje opaco de sus árboles gigantes contrasta con los tonos demasiado subidos, con el color verde "cata" que deslumbra la vista en los países tropicales.

Perdóneseme, sin embargo, una herejía: La belleza de los bosques del sur, solemne y melancólica, impone sin seducir. Hay en ella más majestad que gracia... No se deja penetrar. Contemplada a lo lejos, navegando por los ríos y lagos de Valdivia

y Llanquihue o por los canales de Chiloé, constituye la más soberbia de las decoraciones. Por dentro es otra cosa... Sombras profundas, troncos derechos y apretados, cubiertos de musgo, un suelo empapado que exhala las acres emanaciones de la humedad, un tapiz de madera podrida: un silencio de muerte.

Acaso porque en las impresiones que produce la naturaleza, existe siempre un elemento subjetivo, a la selva austral le falta algo para nosotros los habitantes del centro. Ella no tiene recuerdos para nosotros. Su follaje, sus flores, sus aromas,

sus formas no nos evocan nada. Tampoco las ilumina el espléndido sol del Chile clásico y antiguo.

Por eso nunca sentiré en presencia de las mayores maravillas de las floras exóticas, las sensaciones que me producen los montes de mi tierra. Recorriéndoles aprendí a amar a la naturaleza, a empaparme en ella... Profeso el culto del quillay y del boldo.

Y no es en la primavera, cuando los campos se cubren de uniforme verdura, cuando más admiro y penetro la belleza de las suaves colinas de Valparaíso y Aconcagua. La estación del centro es el verano. En Chile los árboles conservan su follaje todo el año, y en invierno y primavera, la herbosidad de la patria se parece demasiado a la de otros países, para sentiría como una cosa nuestra.

Pero en el luminoso estío de la patria, cuando el sol hace resplandecer los contrastes del tupido monte de elegante follaje y las colinas cubiertas de plantas aromáticas, y la ladera reseca en que se destacan las formas puras, redondas, armoniosas de esos árboles que parecen escapados de un cuadro prerafaelista, entonces sí que me siento en el Chile clásico, en el campo de nuestros juegos de niños, en el teatro de las alegres vacaciones de tiempos que no volverán.

La atmósfera está saturada de ese perfume de Chile tan diverso del suave olor de los campos europeos y de las fuertes emanaciones de la húmeda y cálida selva ecuatorial. Los gritos de los pájaros, el chirriar de las cigarras, el ronco susurro de las avispas y de los moscardones, las formas y los colores que nos rodean pene-

tran en nuestro ser, parecen formar parte integrante de él.

Esa belleza no es uniforme ni sombría... Nada, por el contrario, bajo el sol más cálido, más viviente, más vigorosamente coloreado. Sólo en las tierras maravillosas del Mediterráneo se encuentra algo de parecido. Pero aquello tampoco es Chile. Lejos de la patria cada árbol, cada planta es un enigma: no conocemos ni su nombre ni sus virtudes, ni su leyenda.



Una "puya" del Maule

Mucho tiempo ha que deseaba consagrar unas pocas líneas a esos queridos montes de mi tierra, no para cantarles como poeta, ni para admirarlos como artista. No soy ni lo uno ni lo otro. Quiero hablar de ellos y con ellos. Un poco de cada árbol y con cada recuerdo.

El quillay reina en el centro como el roble en el sur. Se le encuentra en la selva, en la espesura de las quebradas umbrosas y también en campo abierto, sombreando las amarillentas colinas y las faldas cubiertas de

mieses en sazón. Es a la vez árbol y arbusto; sus formas varían hasta lo infinito pero son siempre elegantes. En el reino de la flora pertenece a una familia ilustre, a las de las rosas, pero a pesar de eso es un pariente algo lejano de la suave reina de los jardines.

Es que los árboles del centro de Chile no pertenecen de ordinario a las formas típicas de los países templados; sus afees hay que buscarlos en los trópicos. La tribu de las "quillajeas", así la llaman los botánicos, pertenece a la América caliente. El propio género "quillay" consta de tres especies, una de Chile y las otras de Brasil y Perú.

El quillay no sólo es bello, sino útil. To-

dos en Chile conocen su corteza, rica en saponina, a la que los antiguos viajeros atribuían la espléndida cabellera de nuestras compatriotas. Los franceses, con la simpática ignorancia de la geografía que los distingue, la denominan "bois de Panamá" y fabrican con ella diversas preparaciones que nos envían en seguida, adornadas de nombres retumbantes como cosa cara, rarísima y exótica.

El quillay por sus formas, su perfume, el lustre y estructura de sus hojas, es el representante más genuino de nuestra flora del centro. Hay muchos árboles que se le parecen... Es como el molde en que el Creador vació a los demás.

El rival del quillay es el peumo, árbol aún más esbelto y elegante todavía. Sus formas y su follaje no desmerecen en los parques, al lado de los más celebrados árboles exóticos. Crece a una altura considerable y prefiere el bosque a la vida aislada. Su fruto tiene un sabor tan exclusivamente "chileno", un aroma que parece ser el compendio de todos los aromas de nuestros campos... Por eso le comemos con un deleite particular.

El peumo tiene parientes ilustres. Pertenecen a una familia casi exclusivamente tropical, la de las Laurineas, cuyo único representante europeo es el laurel del mediterráneo, el árbol sagrado de Apolo, con cuyas ramas los antiguos griegos coronaban a los poetas, y los romanos a sus cesares. Otro pariente cercano del peumo es el árbol de la nuez moscada. En el Brasil donde se encuentran otras especies del mismo género (*Cryptocarya*) emplean la nuez de la fruta en usos análogos a los de la famosa especie de las Molucas.

En los bosques del centro se encuentran además otros árboles de la misma familia.

Figura entre ellos el gigantesco belloto, de majestuosa forma y obscuro follaje que adorna en otoño una profusión de frutos rojos de tamaño de un huevo de paloma.

Nuestro monte no es por lo regular alto y soberbio. Se distingue más bien por la elegancia de las formas que por su magnitud. El belloto alcanza, sin embargo, proporciones colosales, en nada inferiores a las de los grandes árboles del sur.

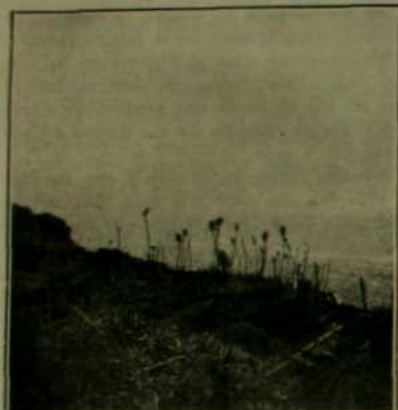
El género "persea", también de la familia de las Laurineas, y al cual pertenece el sabroso "palto" de la América tropical, cuenta también con algunos representantes en la flora chilena. Aún en las provincias centrales se encuentra con abundancia el "lingue" (*Persea Meyeniana*), que contrasta con la generalidad de los árboles de la zona por su follaje más amplio. País el nuestro de prolongadas sequías, los



Palmeras de Curicó

árboles buscan en él los medios de defendiera contra una evaporación excesiva durante los meses de verano. De allí esas hojas coriáceas, lustrosas, finamente divididas a veces, que hacen el encanto de los montes en nuestros cerros. El lingue por el contrario es una avanzada de la vegetación húmeda del sur. Prefiere por eso el bosque y es raro encontrarlo en campo abierto. Tengo, además entendido que por lo menos en estas latitudes no penetra al interior más acá de la cordillera de la costa. Necesita del aire relativamente húmedo de las regiones marítimas.

También la seca región de los confines del desierto, envía sus avanzadas hacia la



"*Puya venusta*" de Aconcagua

flora forestal de estas provincias. Figuran entre estas avanzadas el espino y el algarrobo.

Son estos árboles dos "mimoseas", es decir dos representantes de la familia más característica de las regiones secas de los países tropicales y subtropicales en todos los continentes. Mimoseas son el árbol de la goma arábiga y todos los llamados "aromos" exóticos que embellecen nuestros jardines.

No creo que me dé que el patriotismo, pero el perfume de nuestra flor de espino me ha parecido siempre superior al de todos los demás aromas, en que es fecundo el interminable género "acacia". El vivo color anaranjado de sus pétalos es el mejor adorno de nuestros campos en primavera.

Un gran novelista nacional, que por desgracia no ha producido sino muy poco, ha cantado al espino en una página soberbia. Lo describe como la encarnación de nuestra raza.

El algarrobo busca terrenos aún más secos que el espino. Es un árbol elegante, de follaje verde azulado y maravillosamente recortado. Crece hasta bastante altura. Su área de dispersión es vastísima, pues se le encuentra en toda la América tropical y subtropical, en los parajes no demasiado húmedos. Los botánicos le han dado casi tantos nombres como países tiene nuestro continente, pero al fin se ha visto que se trataba de una sola especie (*Prosopis juliflora*). Los que han recorrido el ferrocarril

de Guayaquil a Quito, recordarán, sin duda, que el árbol más común en la sabana semi-árida que se extiende al oriente del gran puerto del Ecuador no es otro que nuestro viejo conocido algarrobo, que también adorna aquí los terrenos secos de Lampa y de Títil.

El espino y el algarrobo, las dos mimoseas chilenas, presentan dos particularidades dignas de ser notadas.

En primer lugar ambos son, hasta cierto punto, árboles sociales. Los bosques europeos y en general los de la zona templada del norte están compuestos de ordinario, por una sola especie que ocupa grandes extensiones: hay bosques de pinos, como los hay de abedules, hayas, encinas o castaños. En cambio, las selvas de los trópicos y nuestros montes del centro y sur de Chile, están formados por una gran variedad de árboles que crecen confundidos los unos con los otros. De allí la gracia y la variedad que en balde se busca en la uniformidad un tanto monótona de los verdes campos de Europa.

Pero el espino y el algarrobo son una excepción a esta regla y manifiestan cierta tendencia a ocupar por sí solos algunos terrenos que les son más particularmente propicios.

Otra particularidad de estas dos elegantes mimosas es que pierden sus hojas en la estación de invierno, lo que no sucede con los demás árboles indígenas del centro del país, ni con la mayoría de los del sur.

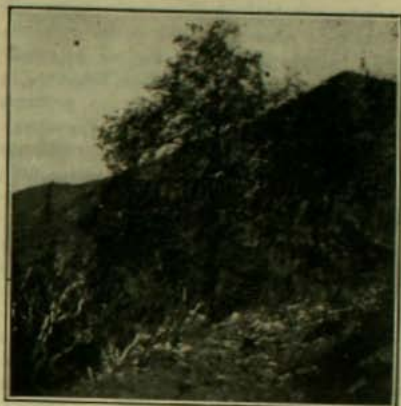


Quiscos de Títil

También la palmera es una avanzada de la flora tropical en nuestro país. Su tronco grueso repleto de jugos, sus plateadas hojas de metálica dureza, indican ya la naturaleza de los sitios que prefiere. La palma de Chile crece o aislada entre las quebradas del norte que embellece con su elegante y profuso penacho de hojas, o también formando verdaderas agrupaciones sociales, como en Ocoa y Cocalán. Busca los suelos ásperos, de origen granítico y abunda sobre todo en las vertientes occidentales de la cordillera marítima; cuyas cimas escala hasta alturas en que la nieve no es un fenómeno raro. Así es una de las más resistentes al frío de las palmeras.

También es una de las más bellas. Acaso podría disputarle esta preeminencia a la soberbia palmera real de las Antillas que los turistas admiran en los jardines de toda la América tropical, cuyo tronco es más elevado y esbelto que el de la palma de Chile; pero por su follaje la nuestra no admite rival, y cuando crece sobre suelos profundos, también llega a adquirir la elegancia, la esbeltez y las majestuosas proporciones de la reina de los trópicos.

En la Hacienda de Las Palmas, cerca de Valparaíso, existe un grupo de palmeras que los habitantes denominan los Doce Apóstoles. El más elevado de estos hermosos vegetales alcanza una altura de treinta y cuatro metros; es la "Palma de



Un roble en el cerro de la Campana (Quillota)

San Pedro". Las otras no son mucho más bajas.

Pocos árboles chilenos tienen más admiradores que el maitén. Su follaje tenue, delicado, que se mueve al menor soplo de la brisa, sus ramas pendientes, su porte elegantísimo, el verde a la vez discreto y alegre de su coloración, todo contribuye a hacer del maitén un magnífico árbol de parque. Reina en los potreros y anima con su presencia las obscuridades del monte.

La patagua es también un árbol de potreros. Su aspecto es característico y único. Su forma achaparrada y globosa, su follaje espesísimo, las flores que lo adornan, permiten reconocerla a gran distancia. En el paisaje chileno tiene una importancia análoga a la de su próximo pariente el tilo en la romántica Alemania.

Los montes del centro contienen en la región marítima dos árboles no conocidos en Santiago pero cuyo aspecto no puede ser más original y elegante. El uno es el "lucumillo" de los portefios y que los habitantes de Aconcagua llaman palo colorado. Es una "sapotácea", familia casi exclusivamente tropical a que pertenece la lúcuma de nuestras huertas y muchas otras frutas estimadas en los países calientes. El "lucuma Valparadisea", tal es el nombre técnico de la especie, es un pequeño árbol de hojas anchas, lustrosas y oscuras. Sus ramillas presentan un color rojo característico. El lucumillo no se encuentra al sur de Valparaíso y entiendo que su límite austral es la Hacienda de La Laguna, en la desembocadura del estero de Peñuelas.



Tunales cerca de Santiago

Abunda principalmente en las regiones marítimas de Aconcagua.

En cambio el "naranjillo" es principalmente un árbol del sur. Este árbol de la familia de las "Iecacineas" es próximo pariente de la yerba-mate del Paraguay. Por iniciativa del progresista Presidente don Ambrosio O'Higgins, durante los últimos años del coloniaje, sus hojas oscuras y caprichosamente denticuladas sirvieron de sucedáneo en Chile al famoso "te de los jesuitas", como llamaban entonces a la yerba paraguaya. El naranjillo presenta sobre todo un aspecto originalísimo cuando su follaje se cubre de un polvillo negro, especie de hongo microscópico. Aparece entonces entre el monte como una mancha de tinta de contornos nítidos como el aguafuerte de un grabado clásico.

La flora central de Chile no abunda en árboles de hojas compuestas, pero, además del algarrobo y del espino, posee varios arbustos muy elegantes del grupo de las leguminosas. Se les designa en el país con los nombres de quebracho y de maya. El quebracho suele alcanzar en ciertos sitios las proporciones de un verdadero árbol y recuerda entonces la acacia de nuestras arboledas (*Robinia pseudoacacia*).

Junto a los cursos de agua abundan el "saucé" llamado de Castilla, a pesar de ser un árbol indígena, común no sólo en Chile sino en gran parte de la América del sur. En el Perú reemplaza al álamo en las haciendas, y se le encuentra hasta en los ríos del Ecuador caliente, en medio de la vegetación tropical de aquel país pródigo.

Para que esta reseña de la vegetación arborescente de las provincias centrales sea completa, es necesario recordar dos árboles de la familia de las anacardiáceas que crecen aún en las colinas más secas, pero que tampoco faltan en las quebradas. Son el molle y el litre. De los frutos del primero se fabrica una chicha famosa que raras veces llega hasta los habitantes de las ciudades.

El litre es el manzanillo de Chile. Las antiguas leyendas atribuían a su sombra una influencia maligna y venenosa; y parece que en realidad es dañina para ciertos temperamentos. Por otra parte, ni siquiera el genuino manzanillo de los trópicos es tan mortífero en la realidad como en la ópera de Meyerbeer.

Las formas del boldo son también carac-

terísticas. Su follaje obscuro y aromático, sus hojas coriáceas, su tronco retorcido, anuncian un vegetal de las tierras secas. Avanza, sin embargo, por el sur hasta Osorno, donde crece aún a más altura que en el centro. Los campos de Chile huelen a boldo, así como su negra silueta achaparrada imprime a los paisajes su tono característico.

Si el boldo, árbol del centro, invade la flora del sur, muchos de los árboles de la selva austral, se encuentran en los territorios marítimos de la provincia de Valparaíso. Así sucede con el Palo Santo, una planta arborescente de grandes dimensiones. Las plantas de esta familia, la más rica del reino vegetal, rara vez pasan de la categoría de yerbas o pequeños arbustos, y sólo entre los trópicos alcanzan dimensiones arborescentes.

El aceitunillo u olivillo, que en Valdivia y Chiloé llaman taque o palo muerto, es otra avanzada de la vegetación austral en las provincias de Valparaíso y Santiago. Perteneció este hermoso árbol a un género anómalo (*Aextoxicon*) que los botánicos no aciertan a incluir definitivamente en ninguna familia del reino vegetal. Perteneció probablemente a la de las euforbiáceas, vasta agrupación de plantas, nutridas de jugos lechosos que abundan en las regiones tropicales de ambos hemisferios y particularmente en África. También es una euforbiácea la "higuerilla" o palmarcristi, árbol que aunque originario de la India, vese hoy en estado salvaje en nuestras provincias del centro.

El árbol sagrado de los araucanos, el legendario voighe que los chilenos llaman "canelo", es más propio de la selva austral que de los alegres montes del centro. Su follaje amplio, elegante, de color verde ceniciento, se distingue a lo lejos entre los oscuros matorrales. El canelo no alcanza jamás en nuestras provincias las dimensiones de un verdadero árbol. No está de más recordar que es el único representante en Chile de la familia de las magnoliáceas.

La elegante y pródiga familia de las mirtáceas que forma la esencia de los bosques del trópico en muchos países de la América del sur, está muy bien representada en Chile, aunque con más abundancia en los húmedos bosques australes.

El aromático arrayán (*Eugenia*) que

reemplaza en Chile al mirto clásico del mediterráneo, es un pequeño árbol característico de nuestros montes bajos del centro. En cambio, la gigantesca pitra (*Myrceugenia*) no tiene equivalente en Europa. Este árbol es de todos los del centro el que, con excepción del belloto, alcanza mayor altura, y sus ramas se cubren con frecuencia de las curiosas barbas de una bromeliácea epífita, la *Tillandsia usneoides*, común en Chile y en toda la América tropical. Los árboles barbones, así los designan los campesinos, son una de las curiosidades de nuestra flora.

Las provincias centrales de Chile son tan ricas en especies de arbustos que sería vano intento el enumerarlas siquiera en parte. Presentan una variedad infinita en flores, en follaje y en olores. A las formas clásicas se agregan algunas de carácter típico sud-americano, como los quiscos y los sandillones, de la familia de las cactáceas, y las pintorescas puyas de flores gigantes de la familia de las bromeliáceas. Entre estos arbustos debemos mencionar una papaya silvestre que los campesinos

llaman monte gordo, y cuyas ramas no son más duras que el queso.

Tampoco faltan las trepadoras en nuestros bosques centrales. El copihue se encuentra ya en los alrededores de Valparaíso, pero es tan escaso en esta latitud que apenas se le puede considerar formando parte de la flora.

En cambio abundan las enredaderas graciosas y útiles, tales como el cobil de la familia de las Lardizabolas y el voqui colorado que representa en Chile la vasta familia de enredaderas tropicales (*Ampeleas*).

Plantas más pequeñas y delicadas entre las que trepan pertenecen a las familias de las Pasifloreas, Tropeoleas, etc.

Pero este capítulo de nuestra flora merece un artículo aparte. Las enredaderas del centro de Chile bastarían para decorar muchos jardines. Las hay para todos los gustos... Sin embargo, apenas las conocemos.

Siempre la fábula eterna del te y la salvia.

